



Real Academia de Bellas Artes
de San Fernando.

DISCURSO leído por D. MIGUEL
ANGEL TRILLES en el acto de su
recepción pública y contestación
dada por el Académico de número
Excmo. é Ilmo. Sr. D. ENRIQUE
MARÍA REPULLÉS Y VARGAS

Madrid 30 de Marzo ae 1913.

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL SEÑOR

DON MIGUEL ANGEL TRILLES

EL DIA 30 DE MARZO DE 1913



MADRID

IMP. DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
Calle de Juan Bravo, 5.— Teléfono 2.198.

1913

DISCURSO

DEL

SR. D. MIGUEL ANGEL TRILLES

SEÑORES ACADÉMICOS:

Al hallarme entre vosotros, mis primeras palabras han de ser expresión de mi gratitud por el alto honor que me habéis dispensado eligiéndome para ser vuestro compañero.

No me hago ilusiones respecto á que por mis escasos méritos me hayáis abierto las puertas de esta docta casa; los motivos en que, sin duda, habéis fundado vuestra elección son la benevolencia que os ha inspirado vuestro antiguo discípulo y la amistad que vosotros me dispensáis desde hace bastantes años. El título que me concedéis marca el punto culminante de mi modesta carrera artística y la más alta recompensa que podía otorgárseme; y lo deseaba, no por la insana ambición de tener preeminencias y honores, que esto poco me ilusiona, sino por el cariño y filial respeto que tengo á esta Real Academia, en la que pasé los años de mi juventud al lado de mi padre que, escultor él también, desempeñó honrada y modestamente el cargo de Formador de ella.

El me enseñó á querer y respetar esta institución y á tener hacia las altas personalidades que brillaron y brillan en ella un afecto y un culto que los años y las vicisitudes de la vida no han menguado en lo más mínimo.

Desde muy joven, los nombres de los Madrazo, Rivera, Amador de los Ríos, Riaño, Suñol, etc., y varios de los que aun, por suerte, están entre vosotros eran para mí sinónimo de grandeza artística y objeto de veneración personal; y si á estos nombres se unen los no menos esclarecidos de los que fueron mis profesores en esta Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado, y académicos también la mayor parte, D. Carlos Luis de Ribera, D. Luis Madrazo, don Juan Samsó, D. Sabino de Medina, D. Elías Martín, D. Pablo González, D. Juan Martínez de Espinosa y D. Adolfo Suárez Llanos, cuyas ilustres personalidades eran bien conocidas de vosotros, comprenderéis perfectamente que este edificio tiene para mí recuerdos imperecederos y motivos más que sobrados para excitar mi reconocimiento por el honor que hoy me dispensáis.

Séame, pues, permitido en esta ocasión, tan honrosa para mí, dedicar á los que fueron mis profesores y me enseñaron el camino del Arte este recuerdo, propio de un corazón agradecido, á las atenciones y consejos que entonces me prodigaron.

Cumplido este deber de deciros (en frases que no estarán bien hechas, pero que son sinceras y salen del fondo de mi alma) cuánto he estimado y agradecido el honor que me otorgáis, he de decir también algunas palabras acerca del que fué antecesor mío en este

puesto y querido amigo y compañero, D. Eduardo Barrón.

Entre los alumnos que frecuentaban las clases de nuestra Escuela de Bellas Artes (hace ya de esto bastantes años) descollaba entre todos los que á la escultura nos dedicábamos, por su clara inteligencia y dotes naturales para el Arte, un joven alto y fuerte, de carácter serio y reservado, modesto y sencillo en sus maneras y noble y bueno en su fondo y en su trato: era Eduardo Barrón.

Estas cualidades que tenía cuando fué alumno de la Escuela eran las mismas que le adornaron hasta el último día de su vida, y así le habéis conocido vosotros.

Todos sus compañeros éramos admiradores de sus trabajos; y los profesores, que veían en él un artista que daría honra á la Escuela, se complacían en elogiarlo ante los demás alumnos, con lo que aumentaba nuestra emulación. Modelaba bien y dibujaba mejor. Tenía el talento de dar vida con cuatro líneas á una figura; y aquellos trazos firmes y precisos, propios del que está seguro de lo que hace, eran la característica de sus trabajos, y lo fueron siempre, llegando en ocasiones hasta la dureza. Componía bien y con sencillez, haciendo claras y definidas las actitudes de las figuras, agrupándolas con talento y evitando la confusión y el desorden, y supo imprimir siempre á sus estatuas un carácter de majestad y de nobleza un poco teatral, pero revelador de su alto sentimiento artístico.

Obtuvo todos los premios que se pueden ganar en la Escuela, y, al concluir sus estudios, la Diputación de Zamora le pensionó para continuarlos en Roma. Allí

hizo su primera estatua, *Viriato*, con la que se reveló al público como escultor de gran talento, y que fué premiada en la Exposición de Bellas Artes de 1883 con segunda medalla.

Poco después volvió á Madrid para hacer oposición á la pensión de la Academia Española de Bellas Artes de Roma, y, obtenida, volvió otra vez á la Ciudad Eterna, donde hizo, como envíos de pensionado, las obras, de todos conocidas, «Adán», «Santa Eulalia de Mérida ante Daciano» y «Roncesvalles», estatua, relieve y grupo, respectivamente.

Finalizada su pensión, y ya en Madrid, le encomendaron la estatua de Hernán Cortés, que fué elevada en Medellín, pueblo natal del gran conquistador español, y la del insigne D. Emilio Castelar, para ser colocada en Cádiz; y, finalmente, ejecutó el hermoso grupo, que estuvo en la Exposición de 1904, titulado «Nerón y Séneca», y con el cual se colocó indiscutiblemente en primera fila entre los escultores españoles.

El juicio y los elogios que merece la obra del señor Barrón están perfecta y elocuentemente expresados y condensados en el siguiente párrafo del discurso con que el Excmo. Sr. Duque de Tovar contestó á aquél en el solemne acto de su ingreso en esta Academia, y dice así: «He aquí cómo la personalidad artística de don Eduardo Barrón ofrece un carácter propio y definido; cómo obedece, quizá por los impulsos de su sangre, á aquella tradición clásica que proporcionó siempre los méritos más altos á nuestra Escultura, templada por tan armónico acento cuando puede ostentar sus mayores títulos de gloria.»

Pero, á pesar de una labor artística tan hermosa

como la realizada por el Sr. Barrón, su actividad y vasta cultura en la historia de las artes, junto con la ocasión que sus méritos le habían proporcionado de ser el Conservador de la Escultura del Museo Nacional del Prado, le llevó á realizar la magna empresa de hacer el catálogo de dicha Galería de Escultura, lo que supone un trabajo asiduo de varios años para buscar, ordenar y clasificar los datos y noticias referentes á cada obra de las allí expuestas, que estaban dispersas en los archivos é inventarios.

Si la historia artística del Sr. Barrón no hubiera sido suficiente para merecer el haber pertenecido á esta Academia, la realización del catálogo de la Galería de Escultura del Museo del Prado le habría dado derecho para que esta docta casa le acogiera con justicia en su seno.

Y ahora, cumplido ya este deber, y con el ánimo embargado por dos opuestos sentimientos, la alegría y la tristeza: alegría, por verme entre vosotros acogido con tanta benevolencia, y tristeza, por la pérdida de mi querido amigo y compañero vuestro Eduardo Barrón, he de añadir pocas palabras, que sirvan para cumplir la obligación reglamentaria de tratar en este acto un tema que con las artes se relacione. Tan difícil es esto para mí, que no he de ocultaros la lucha interna que he sostenido por esta causa, con la multitud de ideas que han asaltado mi mente, pidiéndome á gritos que las diera á conocer, y que eran desechadas apenas nacidas, por mi falta de capacidad para exponerlas y desarrollarlas ante vosotros con alguna brillantez y la debida serenidad en el razonamiento.

He ido acortando, pues, los deseos que al principio tenía de tratar un tema que, por su fondo, extensión, documentación y citas, me figuraba que hubiera resultado discreto; pero la magnitud de la empresa me hizo, á fuerza de mucho pensar en ello, ir reduciendo poco á poco mis aspiraciones y anhelos literarios, hasta limitarme á escribir unas pocas cuartillas, y aun éstas me parecen excesivas, comprendiendo, al fin, que la brevedad es el único mérito que podrá tener mi disertación, ó como quiera llamársela.

Buscando, pues, en mi imaginación y mis recuerdos algo que me sirviera de tema para salir de este trance, si no airosamente, á lo menos, que me permitiese salir, me vino de repente al pensamiento como el recuerdo de una visión desagradable que me hubiera torturado con saña en una pesadilla nocturna y que luego, á la luz del día, la viera de nuevo aparecer plásticamente en forma de esculturas, como las que vienen figurando desde hace tiempo en las Exposiciones de Bellas Artes de toda Europa.

Y deseando quitarme este peso de encima, y no encontrando un motivo de más actualidad del que poder sacar partido para el objeto propuesto, aunque con el riesgo de herir susceptibilidades, me decidí á tratar este asunto, y helo aquí.

Los que de vosotros hayáis visitado nuestros Certámenes de Bellas Artes desde hace unos seis ú ocho años, y los que, pudiendo ir más lejos, hayan visto los que se celebraron en los principales Centros del extranjero en el espacio de otros quince, habrán, sin duda, podido observar, y les llamaría la atención seguramente, la transformación que se opera en la Escul-

tura y la forma bárbara y estrambótica que va predominando en mucha parte de las obras que se exponen al público; y es muy posible que hayáis sacado la impresión que yo en aquellas vuestras visitas, de que dichos trabajos escultóricos estuvieran hechos en horas de dolor y de tristeza, ó de que sus autores se hubieran inspirado únicamente en la lectura de las horribles escenas del Infierno del Dante, y no supieran ni pudieran, por la obsesión de su pensamiento, realizar ideas más dulces y serenas donde poder recrear la mirada y descansar el espíritu.

Y esta manifestación artística que va predominando, tan dolorosa y lúgubre que no se contenta ya con expresar el dolor por medio de la forma humana, sino que llega hasta alterarla, haciéndola intencionadamente deforme, desproporcionada y enfermiza, no he podido comprender, ni he encontrado quien me lo explique, si es producto del ambiente, de la educación ó de las ideas filosóficas y sociales de nuestros días, ó es que los escultores modernos han descubierto que el dolor es lo único digno de representarse y el único fin á que debe aspirar toda manifestación artística.

Sea como fuere, y no siendo yo el llamado á poner en claro este fenómeno ni á definir sus causas y efectos, me limitaré á expresar mi creencia de que esto sea una moda pasajera, sin más trascendencia que la de haber hecho una tentativa más para buscar algo nuevo en arte y para que éste no se estanque en la repetición de motivos y de ideales. Desde este punto de vista, no hay duda que pudiera ser interesante este movimiento, como lo fué el barroquismo y su secuela el churriguerismo; pero estas modalidades de arte,

que pueden llegar á ser tantas y tan variadas como artistas haya con suficiente talento para crear escuela, son como las ramas de un árbol, que se desarrollan en formas más ó menos extrañas, y que unas son robustas, otras endebles, pero que todas reciben del mismo tronco la savia que las alimenta y las viste de hojas, flores y frutos.

Y en la Escultura, este tronco de donde han arrancado, y fuente adonde van á beber é inspirarse desde hace muchos siglos, aunque no siempre con fortuna, todos los creadores de estilos, de escuelas y de todo género de novedades artísticas, ha sido, es y será por mucho tiempo aún el Arte griego.

Pero el Arte griego, á pesar de tener ese poder creador que le da su soberana belleza, no puede impedir que le nazcan hijos degenerados y enfermizos, á los cuales sus mismos defectos é impotencia los hace ser pueriles y vanidosos, llegando en su insania á rebelarse contra la que les dió el ser, bajo el pretexto de ser independientes y de querer acabar con los viejos moldes.

Dónde y cuándo se ha empezado á desarrollar ese estilo moderno á que antes me refería, es cosa que no me interesa, y cualquiera, con un poco de paciencia para revisar catálogos de Exposiciones y revistas artísticas, puede llegar á averiguarlo; pero, no obstante, diré que, á mi parecer, desde hace unos quince ó veinte años, empezó á iniciarse en Alemania, y paulatinamente, con ligeras variaciones de forma y expresión, ha ido extendiéndose por los demás países de Europa. Hoy son legión los artistas que, por seguir la corriente, juzgan como un deber imprescindible el represen-

tar sus figuras con violentas contorsiones y como torturadas por algún mal interior, sea cualquiera el asunto de sus obras. Las proporciones, el dibujo, la forma, son cosas sin importancia para aquellos artistas; ó, mejor dicho, su arte consiste precisamente en el falseamiento y desprecio de estas cualidades, que han sido siempre la base de toda belleza artística.

No hay para qué citar nombres y poner ejemplos; no hace falta, pues en el recuerdo y la conciencia de todos está bien presente lo que digo, como también es notorio que muchos de los que dirigen con su ejemplo este original movimiento artístico y dan la pauta que ha de guiar á la muchedumbre de imitadores y malos copiantes, son artistas de talento y de gran renombre. Estos y los otros creerán, tal vez de buena fe, que su ideal artístico y su comprensión de la forma humana son superiores á cuanto hasta ahora se tenía por insuperable en esta materia; pero si el Arte, como la Ciencia y como todo en la vida humana, se ha de admitir que tiende al perfeccionamiento, y que nuestra inclinación y deseo es progresar y adelantar siempre en el camino emprendido, ¿por qué se ha de volver la vista atrás para resucitar arcaísmos y manifestaciones bárbaras de la Escultura primitiva, que pueden tener, y tienen, un sello de sinceridad y de inocencia que encanta, pero que no pudieron tener más que eso, porque estaban en el principio de su vida y de su desarrollo, y, naturalmente, tenían que ser imperfectas y hasta grotescas, faltándoles, como falta á todo el que empieza, medios de expresión y dominio de la forma y de la materia?

El hacer, pues, deliberadamente un arte defectuoso

que no responde ni puede responder al grado de civilización y de progreso de nuestra sociedad, lo considero como una regresión, un caso de atavismo, que no tendrá más remedio que desaparecer, para dar lugar á que impere de nuevo el buen gusto, la sencillez y la nobleza, que fueron siempre en todo tiempo, desde que los griegos dieron la norma y definición de la Belleza, aspiración constante de los artistas, en armonía con los elevados principios de la Religión y de la Filosofía.

En las épocas de mayor esplendor y perfección de las artes, desde Fidias y Apeles, pasando por Rafael y Miguel Angel, hasta terminar en Velázquez y Alonso Cano (y cito los nombres de estos grandes artistas como tipos representativos del Arte de su tiempo), siempre se inspiraron los artistas en aquellos ideales, buscando la perfección y la belleza en los objetos creados, pero especialmente en el hombre, considerado como suma y compendio de todos los problemas artísticos y la más elevada manifestación de la naturaleza, y dejaron á la posteridad, como un monumento imperecedero, desde los colosales restos del Partenón hasta Las Hilanderas y Las Meninas, toda una serie inmensa de maravillas artísticas, entre estos dos robustos jalones, que son, en Arte, como las dos columnas del héroe legendario cuya inscripción reza en letras de oro: *Non plus ultra*.

Alguien podría objetar que Velázquez también se recreaba haciendo tipos deformes; pero la objeción cae por tierra pensando que aquel artista glorioso, si, llevado de su amor al natural, llegó en ocasiones hasta copiar tipos degenerados y monstruosos, no lo hizo sis-

temáticamente, sino como objeto de estudio y tal como los veía en la corte de Felipe IV; pero aquellas deformidades y desproporciones que copiaba el gran pintor como rarezas y fenómenos de la especie humana salían de su mágico pincel con una aureola y un atractivo tan singulares, que, en vez de repugnar é inspirar lástima y horror, son encanto de los ojos, alimento del espíritu y admiración de artistas y profanos, que los consideran como verdaderos milagros del Arte.

No se comprende, por tanto, que habiendo reunido, después de tantos siglos, tales enseñanzas y tales tesoros como afortunadamente se conservan en los Museos y Galerías de Europa, en vez de depurar el gusto é inclinar al artista estudioso á buscar la inspiración en aquellas obras inmortales y en el natural, salga á luz una nueva secta que se rebela contra todo ello, despreciándolo, y siga y defienda con la persistencia y ceguera propia del error esos derroteros, que no pueden conducir sino al extravío de los jóvenes que al Arte quieren dedicarse y á la confusión en las ideas estéticas que pueda tener el público, al ver patente la contradicción que existe entre las obras de esa clase de las Exposiciones modernas y las que han visto siempre en los Museos, tesoros de arte de todos los tiempos

Este público de buena fe, que tiene deseos de ilustrarse y que siente la belleza hondamente, pero no con ramalazos de modernismo y con rebeldías y altiveces de superhombre, os confesará ingenuamente que á las pocas veces que visite una Exposición de arte moderno se hallará cansado y hastiado; pero, en cambio, le es de necesidad absoluta darse á menudo un paseo por nues-

tro Museo para ver una vez más á Velázquez, á Tiziano, á Veronés, á Rubens, á Van-Dyck y á tantos otros que están allí representados por obras que no temen la comparación con las de los genios de hoy día.

Para resumir las breves y mal hilvanadas consideraciones que he tenido el honor de exponer, diré que siempre he creído que el rebuscamiento y la afectación no pueden dar idea de belleza alguna ni hacer sentir las delicadas y exquisitas sensaciones que el Arte sencillo y noble puede y debe producir.

Aquellas extrañas manifestaciones artísticas que, antiguamente, estando el Arte dividido más que hoy, en regiones y escuelas, producía alardes de extravagancia, son en nuestros días individuales y en la mayoría de los casos producto del deseo de notoriedad cuando no de enfermedades ó extravío de la inteligencia.

El único ideal, la única aspiración que se desea y se persigue á todo trance, es la originalidad, arrollando casi siempre por conseguirla las reglas del buen gusto y hasta del sentido común.

La belleza de estructura y proporciones del cuerpo humano, manantial inagotable que brinda sin cesar al artista sus tesoros, es desconocida ó despreciada por esos efímeros innovadores que cifran su gloria en hacer un arte fácil, por lo mismo que no resuelven ningún problema ni afrontan las dificultades que lleva consigo el estudio concienzudo de aquéllas, y tienen la pretensión de que sus *bocetos* sean considerados y admitidos como obras acabadas y geniales.

Si posible fuera que en nuestras Exposiciones de Bellas Artes se introdujese la costumbre de que en cada sala de pintura, y como presidiéndola, se colocara

un cuadro de los escogidos de nuestro Museo del Prado, y en las de Escultura una reproducción de una estatua de los tiempos pasados, se vería claramente entonces la enorme distancia que media entre lo que es Arte puro y verdadero y lo que no es más que un pretexto para pasar el rato y para ir viviendo.

HE DICHO.

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

D. ENRIQUE M.^a REPULLÉS Y VARGAS

SEÑORES:

Si siempre ha sido grato para mí llevar la voz de la Academia en solemnidades como la que hoy nos reúne, en la ocasión presente aumenta mi complacencia la circunstancia de haber conocido á mi apadrinado desde su más tierna edad, cuando, en los comienzos del ejercicio de mi profesión, frecuentaba yo el estudio y talleres de su señor padre, el modesto é inteligente escultor D. José Trilles, que daba forma plástica á mis dibujos. En aquellos talleres y en los del Formador de esta misma Academia, plaza que aquél debió á sus méritos, jugueteaba el pequeño Miguel entre las clásicas estatuas de la antigüedad, sus buenas amigas, y en su compañía creció, copiándolas en sus infantiles dibujos, hechos luego con más seriedad bajo la acertada dirección de su padre, y alternándolos con el modelado. Respiró, pues, desde pequeño un ambiente de Arte que despertó su vocación; y con tal aprovechamiento cursó nuestro nuevo compañero D. Miguel Angel Trilles las enseñanzas artísticas en la Escuela

Especial de Pintura, Escultura y Grabado, que en el año 1889 obtuvo una pensión de la Diputación provincial de Madrid para proseguir sus estudios en Roma, donde permaneció hasta 1892; y en 1895, después de brillantes oposiciones, ocupó plaza de pensionado en la Academia Española de Bellas Artes de aquella ciudad, emporio del arte, hasta 1899, obteniendo calificaciones honoríficas por sus envíos reglamentarios.

Fué luego Profesor numerario de la clase de Modelado y Vaciado en la Escuela Superior de Artes Industriales de Toledo y Director de la misma; y también por oposición obtuvo en 1910 la clase de Modelado del antiguo y Ropajes en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado, plaza que hoy ocupa, además de la de Conservador del Museo Nacional de Escultura.

Cuando residía en Toledo, y á virtud de sus méritos, fué nombrado por esta Real Academia su Miembro correspondiente.

Alcanzó terceras medallas en las Exposiciones nacionales de Bellas Artes de 1887 y 1890 por su estatua de «Leónidas en las Termópilas» y el grupo «Náufragos». «El Barquero», primer envío como pensionado en Roma, obtuvo segunda medalla en 1897, y «La huida á Egipto»; bajo relieve, que constituyó el segundo envío de la pensión, fué también premiado en la Exposición celebrada en Barcelona en 1898.

Las dos medallas de oro que ganó en las Exposiciones oficiales de Bellas Artes de Madrid en los años 1901 y 1904 le fueron adjudicadas por sus hermosos grupos «El gigante Anteo» y «Perseo y Andrómeda», de que luego me ocuparé, al primero de los cuales le fué con-

cedida en la Exposición internacional celebrada en París en 1900 un segundo premio.

Ha obtenido también otros muy honrosos en los Certámenes universales de Chicago y Buenos Aires y la Encomienda de la Orden civil de Alfonso XII.

Con tan excelente historia artística, no es de extrañar que se confiaran á su talento varias obras, como el monumento á Bravo Murillo, en esta Corte, y una parte de la decoración escultórica del monumento del Parque de Madrid á Alfonso XII, obra que, como es sabido, se repartió entre los más notables escultores de España, y en la cual se ocupa Trilles en la actualidad, correspondiendo á ella los estudios «El Arte», representado por una hermosa mujer envuelta en un manto, que sólo deja al descubierto el pecho, con la paleta en la mano izquierda y un ramo de laurel en la derecha, posando un pie sobre clásico capitel jónico; «El Trabajo», figurado por robusto obrero sentado, vestido con mandil, apoyado en el yunque y empuñando un martillo; un «Genio», y otros.

Peró si hermosas son estas figuras, por respirar el clasicismo, de que tan ferviente devoto es su autor, no por ello dejan obscurecidas las modeladas antes por sus manos. La primera que ejecutó fué la de «Leónidas en las Termópilas», y se conserva en el Museo provincial de Barcelona. El Rey de Esparta, apenas vestido con un manto, cubierto con el casco y calzado con sandalias, demuestra por su expresión y su actitud que espera á los persas, apercebido para el combate, pues hállase medio sentado en una peña, en disposición de levantarse rápidamente, vuelve á un lado su cabeza para observar y escuchar, y, descansando

su mano izquierda sobre el escudo, pronta á abrazarle, empuña con la derecha la espada; pero la expresión de su cara es tranquila, como corresponde al héroe que, al decirle un mensajero que los persas venían en tal número que las flechas por ellos disparadas nublaban el sol, exclamó épicamente: *¡Mejor!; así peharemos á la sombra.*

La estatua de «El Barquero», primer envío como pensionado en la Academia de Roma, es un notable estudio de desnudo masculino, con expresión de fuerza y movimiento, y «La huída á Egipto» es un bello bajo relieve lleno de poesía y misticismo.

Premio de segunda clase en París, y de primera en Madrid, obtuvo, como he dicho, su magnífica composición «El Gigante Anteo», inspirada en el canto 31 de «El Infierno», del inmortal poema de Dante Alighieri, *La Divina Comedia*, cuando Virgilio, sirviendo de guía al Poeta en su visita á aquel lugar de dolores, pide al coloso con elogios y alabanzas, para más obligarle, que los ponga en el fondo del antro *donde el frío endurece las aguas del Cocito*. El hijo de Neptuno y la Tierra atiende el ruego, baja sus brazos, y con aquellas manos que pusieron á su vencedor Hércules en grave aprieto, toma los delicados cuerpos de ambos poetas, depositándolos suavemente en el noveno círculo del Infierno, no sin temor por parte de Dante, que hubiera deseado seguir otro camino. El momento en que Anteo va á cogerlos es el elegido por nuestro escultor para representar la escena, creándose así una serie de dificultades técnicas y artísticas, por la distinta flexión de cada pierna, por la posición del cuerpo, cuyo tronco sostiene el gigante apoyan-

do su mano izquierda en el muslo, y por la extensión del brazo derecho para recoger del suelo á los poetas, viéndose en su cara el cuidado que en ello pone. En las figuras de éstos se nota confianza por parte de Virgilio, que se recuesta en la terrible mano del gigante, y temor con intento de huída, en Dante, que es retenido por su guía. El estudio anatómico es perfecto; y prueba del valor artístico de esta obra son los premios obtenidos en París y Madrid por la misma; acaso la más importante de las de Trilles, por haber asentado con ella y de manera sólida su reputación.

La otra primera medalla le fué concedida en Madrid por su grupo «Perseo y Andrómeda», adquirido por el Estado para el Museo de Arte Moderno. Sobre una roca, á cuyo pie yace maltrecho el dragón, vése á Andrómeda atada á un árbol y desmayada sobre el hombro izquierdo de Perseo, que se apresta á cortar sus ligaduras, no sin asegurarse antes, con la mirada y con la presión de su pie sobre la cabeza del monstruo, de que éste se halla bien muerto. Es un admirable estudio de desnudo, en que la belleza y fina morbidez del cuerpo femenino contrastan con la varonil musculatura del héroe, y la composición nada deja que desear.

Pero ¿para qué enumerar más trabajos de nuestro nuevo compañero? Cualquiera de los por mí tan torpemente reseñados es suficiente para hacer la reputación de un artista, y todos ellos constituyen una obra sólida, fruto de intensa labor y aprovechado estudio, iluminado por la luz del genio; obra que pertenece á la buena escuela del Arte y que, inspirada en los grandes modelos de la antigüedad, ha formado la persona-

lidad artística de Trilles, demostrada asimismo en el concienzudo y valiente discurso que acabáis de oír.

Por tanto, señores Académicos, no podáis, ciertamente, haber dado al insigne escultor Barrón mejor sucesor que Trilles, pues precisamente aquél fué y éste es entusiasta por el Arte clásico.

De Barrón dice el nuevo Académico en su discurso, como lo habéis oído, que «modelaba bien y dibujaba mejor, que tenía el talento de dar vida con cuatro líneas á una figura; y aquellos trazos firmes y precisos, propios del que está seguro de lo que hace, eran la característica de sus trabajos». Todo esto y lo que añade Trilles en elogio de Barrón puede aplicarse á él mismo, y esta manera de sentir el Arte clásico y sus propios méritos le han llevado á suceder también á Barrón en el honroso cargo de Conservador de la Escultura en nuestro Museo Nacional.

Juzga difícil Trilles en su modestia cumplir la obligación reglamentaria del discurso; pero la lectura de éste os habrá convencido de lo fácil que le ha sido exponer y desarrollar con toda claridad su tema; y es porque lo que bien se siente, bien se dice; y él, desde hace tiempo, como me lo ha hecho ver en nuestras conversaciones, se halla apenado por las tendencias de ese llamado modernismo del Arte, en que la Escultura se manifiesta con formas bárbaras y estrambóticas, concebidas por febril imaginación y ejecutadas, al parecer, en horas de dolor y de tristeza, bajo la sola inspiración de los más repugnantes afectos y las escenas más horribles. Y si bien en su sano optimismo, cree y espera que el mal será pasajero, por ser sólo debido al afán de algunos que á todo trance quieren

singularizarse, sin reparar en los medios para conseguirlo, duélele en su alma de artista la enfermedad del bien amado, y trata de acelerar su salvación.

Y tal alarma, tratándose de un escultor, de un cultivador de aquella de las Bellas Artes la más elevada y también la más popular, está justificadísima.

Porque, en efecto, señores, el Arte del escultor (y os lo dice uno que no lo es) es el más elevado, por su origen, por su fin, por su manera de ser producido, por sus resultados; y es el más popular, por ser el más sencillo en sus obras, el más fácil de ser comprendido y el que se halla más á la vista del pueblo.

Para los cristianos, la Escultura tiene origen divino, pues, según el Génesis, después que Dios, el Supremo Hacedor, creó el mundo y vió que era bueno, hizo al hombre á Su imagen y semejanza, formando su cuerpo con barro de la tierra é inspirando en su cara el soplo de la vida. Y nótese que Dios, el gran Artista, no hizo al hombre, desde luego animado, con movimiento, como todos los otros seres que antes creara Su soberano poder sólo por Su palabra, sino que primeramente le modeló con Sus propias manos, formando un cuerpo perfectísimo, y luego, sobre aquella materia inerte derramó algo de Sí mismo, parte de Su divinidad, para infundirle la vida, como se la infundió, con el soplo de Su divino aliento.

Símbolo es éste del Arte escultórico que se halla también en la Mitología pagana, cuando Prometeo formó con barro un hombre, Deucalión, y para animar aquella figura necesitó una centella del fuego divino, elemento de vida de todos los hombres, y escaló el cielo para robarla, sufriendo por ello horrible castigo.

El modelo en barro de una estatua, por perfecto que sea, no constituye la obra artística; el hombre que la modela con sus manos no puede darla vida orgánica ni movimiento material, ni mucho menos razón y palabra. Pero si ese hombre es verdaderamente artista, si ha recogido la herencia divina por su origen y posee esa virtud del alma llamada *Arte*, la estatua, á pesar de su inmovilidad y de su mutismo, expresará y comunicará á cuantos la contemplan el pensamiento de su autor, pues tan maravillosos efectos produce el mágico poder del Arte.

Y no sólo por lo que respecta á la Escultura, sino que, en general, para crear la obra artística no basta la habilidad manual, es precisa la acción de un pensamiento. Hay, pues, que pensar y obrar. La materia inerte, barro, mármol ó bronce, lienzo y colores, piedras y hierro, papel y tinta, no causará impresión, aunque haya sido manipulada con la mayor destreza creando con ella formas, palabras ó notas, si el que tal hizo no la ha infundido vida y pensamiento por medio del Arte, que la ennoblece, la eleva y purifica; Virtud espiritual que si no todos los hombres llegan á poseerla, todos pueden llegar á comprenderla identificándose con el artista; porque la mano de éste, dirigida por el Genio, transmite á esa misma inerte materia algo espiritual, una fuerza misteriosa, un *quid divinum*, que la hace de pronto como resplandeciente, animada, viva.

¿Acaso tienen estas cualidades las obras modernistas de que nos habla el nuevo Académico? ¿Existe Arte propiamente dicho, en las deformes é inacabadas esculturas modernas, en los cuadros de cubistas y vir-

gulistas, en las extravagantes proporciones y formas de ciertos edificios, en las discordancias musicales ó en los extraños y rebuscados ritmos y neologismos de los novísimos poetas? Ciertamente que no, pues todas estas extrañas obras se apartan de la naturaleza, carecen de sencillez, y, por tanto, en vez de acercarse y de penetrar en las multitudes, se distancian de ellas, con lo cual faltan abiertamente á las condiciones que ha de tener la verdadera obra de Arte.

Y volviendo al de la Escultura, no cabe duda de que en éste es donde menos son perdonables esos extravíos. La obra escultórica es la que más debe aproximarse á la naturaleza, porque al representar la figura humana lo hace por completo, ocupando, como en el natural, las tres dimensiones del espacio; y para que parezca viva y palpitante, ha de ser fiel reflejo de su modelo, sin deficiencias ni convencionalismos. Pueden aquéllas y éstos existir en la Pintura y en la Poesía, por ejemplo, cuando convenga al artista dejar algo indeciso para la adivinación por el público, que á veces halla en ello cierto placer; pero en la Escultura, que ocupa un espacio, que ha de verse por todos sus lados, que representa seres vivos conocidos, no caben nebulosidades ni hay nada que adivinar.

El objeto primordial de la Escultura, casi su fin único, es la criatura humana, ya representando personajes históricos ó fabulosos, ya personificando las ideas más abstractas, y haciendo ver siempre en unos y otros sus afectos, sus pasiones, su carácter, que se graban con mayor energía sobre el mármol ó el bronce que sobre el lienzo ó la tabla, perdurando siglos para poder ser contemplados, sin desaparecer, como des-

aparecen y se borran apenas nacidos, el eco de la palabra ó la vibración de la nota.

Y, siendo la Escultura el Arte más elevado, es, á la vez, el más sencillo en sus procedimientos y el más directo y casi exclusivamente emanado del artista, sin necesidad de intermediarios para presentarse.

El músico, para dar á conocer su obra á las gentes, necesita de instrumentos, de ejecutantes, de voces y local apropiado; al arquitecto le precisan materiales de muy variadas clases y procedencias, obreros para prepararlos y colocarlos, artífices para tallarlos; el pintor ha de rodearse de modelos, de trajes, inspirarse en salones y paisajes; al escultor le basta un poco de tierra, unas gotas de agua y sus manos ó unos simples palillos. Y allí, en el apartamiento de un estudio desprovisto de galas, en silencio, meditando, sus dedos dan forma á aquel vil barro y le ennoblecen al modelar la frente del pensador, la cabeza del sabio, los labios del poeta ó el noble gesto del héroe.

He dicho que la Escultura es el Arte más popular, y esto es porque, á causa de su misma sencillez y por su unidad, es el que más fácilmente llega á la inteligencia del pueblo. Su manera de presentarse es tal que no son necesarios esfuerzos para comprender la obra escultórica. La estatua atrae las miradas por todos sus lados; no hay en ella convencionalismos que exijan previa educación, como los hay en las otras Bellas Artes, en las cuales el ojo y el oído dicen lo que ven y lo que oyen, pero la inteligencia del que mira ó escucha tiene que decir lo que se debe ver y oír. En la Escultura, el testimonio de los ojos es suficiente.

Además, y esto es muy importante al tema tratado.

por nuestro compañero, el privilegio de la Escultura es el de poder vivir entre el pueblo al aire libre, á la vista de todos, en cualquier sitio y por todo tiempo, siendo fuente de perenne placer para la vista, enseñanza continua de la historia patria, noble emulación de virtudes y heroicidades, presentando ejemplos patentes de civismo y caridad. Y así, la Escultura, como decoración de las plazas, calles y paseos de nuestras ciudades, es elemento poderoso para la educación del pueblo, contribuye á la creación y cultivo del buen gusto y despierta el deseo de saber.

A todo esto, claro es que contribuyen las otras Bellas Artes, pero hay que confesar que no pueden ser tan asequibles para el pueblo.

La Pintura necesita de Museos, locales cubiertos, donde, si bien el obrero puede entrar gratuitamente, no dispone para ello sino de los días de descanso, mientras las esculturas de la vía pública las ve todos los días al dirigirse al taller; la Música de ópera y concierto y la Poesía en representaciones teatrales exigen dispendios para obtener entrada en teatros y salones; y si todas, ciertamente, cumplen una misión educadora, ha de ponerse especial cuidado en la elección de las obras que, como las de Escultura, hayan de estar continuamente á la vista de gentes que no tienen motivos para discernir, en lo artístico, entre lo bueno y lo malo, al objeto de encauzar el buen gusto y despertar emociones sanas.

Por esto son muy de tener en cuenta las acertadas consideraciones que, relativas al modernismo en el Arte, y especialmente en la Escultura, hace Trilles en su discurso; y esta Real Academia, sin coartar la bien

entendida libertad de que deben gozar los artistas, ha de ser siempre fiel guardadora de las hermosas tradiciones que en materia de Arte nos legaron los pasados siglos con aquellas insuperables obras de Grecia y Roma, que algunos desgraciados se empeñan en despreciar, cuando no las denigran, aunque lo hagan, más que por convicción, por deseo de notoriedad; obras que, á pesar de todo, permanecen resplandecientes en el más elevado lugar del cielo del Arte, como sublime y verdadera expresión de la Belleza.

Prosiga el nuevo Académico, nuestro querido compañero, animado de tan laudables propósitos, sin cesar un punto. Cual esforzado caballero, defensor de buenas causas, preséntase armado de todas armas, con sus obras por ejemplo; y puesta su fe en Dios, nuevo Perseo, realizará su hermoso grupo, venciendo al dragón del modernismo y libertando de sus garras á la Andrómeda del Arte.

HE DICHO.

NOTAS BIOGRAFICAS

DEL ESCULTOR

ILMO. SR. D. EDUARDO BARRÓN

Nació en Moraleja del Vino (provincia de Zamora) el 2 de Abril de 1858.

Después de haber obtenido premio en la clase de Dibujo de figura del Instituto provincial de Zamora (curso de 1874 á 75), la Diputación de esta provincia le pensionó en 1874 para cursar en la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid, donde le fueron concedidos accésits, medalla en el modelado del natural y premio de 500 pesetas (1880 á 81).

La Diputación le prorrogó la pensión para ampliar sus estudios en Roma, donde permaneció hasta 1883, regresando á España para tomar parte en las oposiciones á plazas de pensionados en la Academia española de Bellas Artes de aquella ciudad, obteniendo el primer lugar y gozando de la pensión los cuatro años reglamentarios.

Por sus envíos alcanzó calificaciones honoríficas y premio de 500 liras en el segundo y tercer año.

Dichos envíos fueron: «Adán después del pecado», «Santa Eulalia ante Daciano» (alto relieve) y «Roncesvalles». Durante las pensiones hizo notables trabajos, entre otros, las estatuas de «Viriato», «El Estudio», «Leda y los cisnes», «San Juan Bautista», varios retratos en busto y figuras pe-

queñas, y, además, las imágenes de San José y dos hermosos bajo relieves y cuatro alegorías, todo en mármol, para la Basílica de Loreto en Ancona (Italia).

De vuelta á España realizó numerosos trabajos, siendo los más importantes los siguientes:

Mónumento sepulcral para el Duque de Santoña.

Otro, con estatua del mismo señor, para ser colocado ante el Colegio de Santoña.

Monumento á Hernán Cortés en Medellín.

Idem á Cristóbal Colón en Salamanca.

Frontispicio de la Escuela de Minería en Madrid.

«Mater Amábilis», en mármol, para el panteón de los Excelentísimos señores de Groizard.

«Tentación», grupo.

Triptico de hierro con aplicaciones de bronce.

«Nerón y Séneca», grupo policromado, adquirido por el Estado para el Museo de Arte moderno.

Monumento á D. Emilio Castelar en Cádiz.

Idem á Viriato en Zamora.

Varios monumentos murales conmemorativos.

Varios bustos retratos.

Los premios obtenidos en Exposiciones nacionales de Bellas Artes de Madrid han sido los siguientes:

Medalla de segunda clase (1884).

Idem de ídem (Arte decorativo, 1904).

Idem de primera clase (Escultura, 1904).

Numerosas veces fué jurado en diferentes Exposiciones nacionales de Bellas Artes y Arte decorativo, y vocal de tribunales para juzgar oposiciones y concursos.

Desempeñó interinamente el cargo de Conservador de Escultura del Museo nacional de Pintura y Escultura desde 11 de Marzo de 1891 á 1.º de Abril de 1892.

Fué Conservador restaurador de la Sección de Escultura en el Museo de Arte contemporáneo desde 25 Octubre 1891

á 1.º de Julio de 1892, fecha en que fué nombrado en propiedad Conservador de la Escultura en el Museo nacional, cargo en que le sorprendió la muerte, acaecida en 23 de Noviembre de 1911.

Es autor del notabilísimo catálogo, ilustrado con láminas é interesantes noticias acerca de las Esculturas de dicho Museo, autorizándose su publicación por R. O. de 7 de Septiembre de 1907.

Era académico correspondiente de primera de la de Bellas Artes de Cádiz, y fué elegido individuo de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 6 de Junio de 1910, tomando posesión en 11 de Diciembre de 1910.

Además de tener honores de Jefe de Administración civil, estaba en posesión de las siguientes condecoraciones, que le fueron otorgadas por sus obras y servicios:

Caballero de la Orden de Santiago de Portugal, del mérito artístico, científico y literario.

Comendador de número de la Orden española de Isabel la Católica.

Caballero, Comendador ordinario y de número de la de Carlos III.

Comendador ordinario y de número de la de Alfonso XII.

